

Emma y Nala

En un reino lejano, donde los campos eran verdes y los ríos brillaban como diamantes, vivía una princesa llamada Emma. Era una niña de cabellos castaños y una sonrisa dulce, que siempre llevaba vestidos preciosos y unos zapatos de pequeño tacón. Pero lo importante era que se llevaba muy bien con todo el mundo, y todo el mundo le amaba.

Emma estaba muy emocionada porque el día 15 de mayo cumpliría siete años. Pero este cumpleaños sería aún más especial porque sus padres, el rey y la reina, le habían preparado un regalo muy especial: ¡podría adoptar una perrita! Emma soñaba con tener una mascota a la que cuidar y amar.

Cuando llegó el día de su cumpleaños, Emma se levantó muy emocionada. Bajó corriendo al salón del castillo, donde le esperaba una pequeña perrita de pelo suave y brillante. Tenía unos ojitos tiernos y movía la cola contenta.

—¡Se llamará Nala! —dijo Emma con alegría.

Desde el primer momento, Emma y Nala se hicieron inseparables. Jugaban juntas en el jardín del castillo, corrían por los caminos de

flores e incluso se sentaban juntas junto al lago para ver la puesta de sol. Pero Emma sabía que tener una perrita no era sólo jugar: también había que enseñarle a comportarse.

Con mucha paciencia y amor, Emma educó a Nala. Le enseñó a sentarse, a dar la patita y a no saltar sobre los invitados. También se aseguraba de que siempre tuviera comida y agua fresca. Nala era una perrita muy buena y aprendía rápidamente, porque sabía que su amada Emma siempre la cuidaría.

El tiempo pasó, y Nala se convirtió en la compañera perfecta de Emma. Iban juntas a todas partes, e incluso los habitantes del reino se alegraban al verlas. Emma había aprendido que tener una mascota era una gran responsabilidad, pero también un amor infinito.

Y así, la princesa Emma y su perrita Nala vivieron muchas aventuras juntas, siempre cuidándose y amándose una a otra. Y todo el mundo en el reino sabía que aquella había sido, sin duda, la mejor decisión de cumpleaños que Emma había tomado nunca.